

caricias engañosas de los que rodean á Danton, sino las señales ciertas del terror que habían concebido aun antes que fuesen amenazados.

«Tambien he sido yo amigo de Petion; desde que se quitó la máscara le abandoné. Tambien he tenido relaciones con Roland; fué traidor y le denuncié. Danton quiere ocupar su puesto, que no es mas, á mi modo de ver, que el que corresponde á un enemigo de la patria. (Aplausos.) Asi es, que sin duda nos hacen falta algun valor y alguna grandeza de alma. Las almas vulgares ó los hombres culpables, temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ya delante de si una barrera de culpables, quedan espuestos al llegar el dia de la verdad. Pero si existen almas vulgares, existen igualmente otras heroicas en esta asamblea, puesto que ella dirige los destinos de la tierra y que ha aniquilado todas las facciones.

«El número de los culpables no es muy grande.»

## IX.

Este discurso tenia al menos la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera afectado la hipocresía de que se le acusaba, podria habérselo ocultado, callar y dejar á una comision anónima la responsabilidad, la odiosidad y el peligro del acto. Se presentó solo para cubrir á la comision y para luchar cuerpo á cuerpo con la poderosa fama de Danton. Su discurso sofocó los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Conocieron todos su superioridad y fingieron conviccion. Legendre, cuyo valor habia desaparecido con las interpelaciones y con las miradas amenazadoras de Robespierre, temblaba á cada palabra que la conclusion del orador fuese una acusacion contra él mismo, apresurándose en

aplacar al hombre á quien acababa de atacar de frente: balbuceó algunas palabras entrecortadas por el espanto, y suplicó á Robespierre que no le creyese capaz de sacrificar la libertad á un hombre. Jamás un verdadero amigo tuvo menos corazon, ni un orador menos palabras. Legendre se hundió ante la asamblea, y la tentativa de los amigos de Danton se hundió con Legendre.

Saint-Just apareció despues en la tribuna. Su aspecto sereno é impávido, al menos en lo exterior, daba á la arbitrariedad la apariencia de una justicia intrépida. Saint-Just pronunció con voz grave y monótona, como una reflexion hablada, el informe premeditado entre Robespierre y él, sobre las conspiraciones que asediaban á la república. Relató la pretendida conspiracion de Danton, teniendo cuidado de establecer correlacion entre todos los conspiradores, á fin de que el realismo de los emigrados, la anarquía de Hebert, la venalidad de Chabot, la corrupcion de Fabre y el moderantismo de Herault de Sechelles, reflejasen sobre Danton. Bien se veía que el acusador mismo no creía en la acusacion, que Danton no era en su pensamiento sino la victima responsable de todos los males de la república; y que en el fondo el informe de Saint-Just se limitaba por toda prueba á decir á la Convencion: Entregadme á este hombre, porque es el gran sospechoso de la libertad.

«Ciudadanos, dijo Saint-Just, la revolucion está en el pueblo y no en la fama de algunos personajes. Hay algo de terrible en el amor sagrado á la patria, y es tan esclusivo, que todo lo sacrifica sin piedad, sin sobresalto y sin respeto humano al interés público. Precipita á Manlio, arrastra á Régulo, á Cartago, arroja á un romano en un abismo y coloea á Marat en el Panteon.

«Vuestras comisiones de salud pública y seguridad general, llenas de este sentimiento, me han encargado que os pida justicia en nombre de la patria contra algu-



nos hombres que hacen traicion hace ya mucho tiempo á la causa pública.

«¡Ojalá que este ejemplo sea el último que deis de vuestra inflexibilidad con respecto á vosotros mismos!

«Hemos pasado por todas las tempestades que acompañan ordinariamente á los vastos designios. Una revolución es una empresa heroica cuyos autores marchan siempre entre el suplicio y la inmortalidad.»

Pasando revista en seguida á todos los partidos, desde Mirabeau hasta Chabot, Saint-Just esclamó: «¡Danton, tú responderás á la justicia inevitable é inflexible! Veamos tu conducta anterior, y mostremos que cómplice desde el primer día de todos los atentados, fuistes siempre contrario al partido de la libertad, y que conspirastes con Mirabeau y Dumouriez, con Hebert y con Herault de Sechelles!»

«Danton, tú has servido á la tiranía; cierto es, que te opusiste á La Fayette: pero Mirabeau, Orleans y Dumouriez tambien se le opusieron. ¿Te atreverás á negar haberte vendido á los tres hombres que con mas afan han conspirado contra la libertad? Por la proteccion de Mirabeau, fuiste nombrado administrador del departamento de Paris en el tiempo en que la asamblea electoral era decididamente realista. Todos los amigos de Mirabeau se gloraban en alta voz de que te habian cerrado la boca. Asies, que mientras vivió aquel detestable personage, tú has permanecido mudo.

«En los primeros crepúsculos de la revolución, mostrastes á la corte un aspecto amenazador y hablaste contra ella con vehemencia. Mirabeau que meditaba un cambio de dinastía, conoció el precio de tu audacia y se apoderó de tí. Tú te apartaste desde entonces de los principios severos, y no se oyó hablar de tí hasta los asesinatos del Campo de Marte. Entonces apoyaste en los Jacobinos la mocion de Lacroix, que fué un pretexto fúnesto y pagado por la corte para desplegar la bandera

roja y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en aquel complot, combatieron inútilmente tu sanguinaria opinion. Tú contribuiste á redactar con Brissot la peticion del Campo de Marte, y los dos os escapásteis del furor de La Fayette que hizo asesinar á dos mil patriotas. Brissot anduvo errante despues por Paris sin que nadie le persiguiese, y tú te fuistes á pasar unos cuantos dias alegres á Arcis-sur-Aube, si es que el que ha conspirado contra su patria puede ser dichoso.

«¿Se concibe la calma de tu retiro en Arcis-sur-Aube, siendo tú uno de los autores de la peticion? Mientras los que la habian firmado los unos estaban cargados de hierros, los otros habian sido asesinados, Brissot y tú érais objetos de reconocimiento para la tiranía, puesto que no érais para ella objetos de odio y de terror.

«¿Qué diré de tu cobarde y constante descuido por la causa pública en medio de la crisis, en donde siempre tomabas el partido de la retirada?

«Muerto Mirabeau, tú conspirastes con los Lameth y los sostuvistes. Tú permanecistes neutral durante la Asamblea legislativa y quedaste en silencio en la penosa lucha de los Jacobinos con Brissot y la faccion de la Gironda. Tú apoyastes desde luego su opinion sobre la guerra. Hostigado en seguida por las reprensiones de los mejores ciudadanos, declaraste que observarias á los dos partidos y te encerraste en el silencio.

«Danton, tú tuvistes despues del 10 de agosto una conferencia con Dumouriez en donde os jurasteis una amistad á toda prueba y unisteis vuestra fortuna.

«Tú fuiste quien al regresar de Bélgica te atrevistes á hablar de los vicios y de los crímenes de Dumouriez, con la misma admiracion que si hubieses hablado de las virtudes de Caton.

«¿Qué conducta has observado en la comision de defensa general? Tú recibiste allí á los cómplices de Guadet y Brissot. Tú le dijiste á éste: Teneis talento, pero



tambien teneis pretensiones.—He aqui tu indignacion contra los enemigos de la patria.

«Por aquel mismo tiempo, te declarabas por los principios moderados y tus formas robustas parecian ocultar la debilidad de tus consejos. Tú decias entonces que las máximas severas harian demasiados enemigos á la república. Conciliador vulgar, todos tus exordios en la tribuna, empezaban con el trueno y concluian por hacer transigir á la verdad con la mentira.

«Tú te aventas á todo. Brissot y sus cómplices salian siempre contentos de tí. En la tribuna, cuando aquellos hombres acusaban tu silencio, les dabas consejos saludables para que disimulasen mejor. Tú les amenazabas sin indignacion y con una bondad paternal, y les dabas mejores consejos para corromper la libertad y para que los se salvarasen, para engañarnos con mas seguridad, que los que dabas al partido republicano para perderlo.—El odio, decias tú, es insoportable á mi corazon.—¡Pero no eres criminal por no haber odiado á los enemigos de la patria!

«Tú viste con horror la revolucion del 31 de mayo.

«Mal ciudadano, has conspirado; amigo falso, haces dos dias que hablabas mal de Camilo Desmoulins, instrumento tuyo á quien has perdido y á quien imputaste los vicios mas vergonzosos. Como hombre perverso, has comparado la opinion pública á una muger de mala vida; has dicho que el honor era una ridiculez, y que la gloria y la posteridad eran una simpleza. Estas máximas debian reconciliarte con la aristocracia. Estas eran las de Catilina. Si Fabre es inocente, si Orleans y Dumouriez lo fueron, tú lo serás sin duda. He dicho lo bastante: tú responderás á la justicia.»

Pasando Saint-Just de Danton á sus cómplices, los designó en masa á la severidad de la Convencion:

«Estoy convencido, dijo, de que esta faccion de los indulgentes, está ligada con todas las demas: de que ha

sido hipócrita en todos tiempos, y de que ha hecho todo lo posible por destruir la república debilitando las ideas de libertad.

«Camilo Desmoulins que en su principio fué engañado concluyó por ser cómplice; fué como Philippeaux, un instrumento de Fabre y de Danton. Este contó como una prueba de la honradez sencilla de Fabre, que encontrándose en casa de Desmoulins en el momento que éste leia á no sé quién el escrito en que pedia una comision de clemencia para la aristocracia y llamaba á la Convencion la corte de Tiberio, Fabre se echó á llorar. ¡El cocodrilo tambien llora....!

«Todas las reputaciones que se han hundido eran unas reputaciones usurpadas. Los que reprenden vuestra severidad preferirian que fuésemos injustos. Poco importa que el tiempo haya llevado algunas vanidades al cadalso, al cementerio y á la nada, con tal de que quede la libertad; así se aprenderá á ser modesto, así los hombres se lanzarán hácia la sólida gloria y hácia el sólido bien, que es una probidad oscura.

«Han pasado los dias del crimen. ¡Desgraciados de los que sostengan su causa! ¡Perezca todo lo que sea criminal! No se constituyen las repúblicas con miramientos, sino con el feroz rigor, con el inflexible rigor hácia todos los que sean traidores. Denúnciense enhorabuena los cómplices pasándose al partido de los malvados. Lo que hemos dicho, no será perdido para el mundo. Puede privarse de la vida á los hombres que como nosotros se han atrevido á todo por la verdad, pero no se les puede arrancar el corazon, ni negarles el sepulcro hospitalario bajo el cual se ocultan á la esclavitud y á la vergüenza de ver triunfar á los malvados.

«Ved aqui el proyecto de decreto:

«La Convencion nacional, despues de haber oido el informe de la comision de seguridad general y de salud pública, decreta la acusacion de Camilo Desmoulins,



Herault, Danton, Philippeaux y Lacroix, iniciados de complicidad con Orleans, Dumouriez, Fabre de Eglantine y los enemigos de la república; así como por haberse mezclado en la conspiración que tendía á restablecer la monarquía, á destruir la representación nacional y el gobierno republicano. En consecuencia, ordena que sean juzgados con Fabre de Eglantine.»

## X.

Ninguna voz se levantó contra estas conclusiones. El voto fué tan unánime como el espanto. La fama, la libertad, la vida y la muerte de aquellos representantes fueron entregadas por aclamación á la comisión de salud pública.

Fouquier-Tinville fué llamado á la comisión y encargado de hacer comparecer á los dantonistas en el tribunal revolucionario. Agudo y afilado como la hoja de una espada, Fouquier no tuvo más que hacer que redactar en forma de acta de acusación, el informe de Saint-Just.

Danton, sin embargo, aparecía tranquilo en su prisión fingiendo el desinterés de su propia suerte. Chancéandose á través de la reja con los demás presos hacia en términos grotescos el retrato de los miembros de la comisión. «La república los aplastará, decía. Si yo pudiera dejar mis piernas al paralítico Couthon y mi virilidad al impotente Robespierre, esto podría marchar aun por algún tiempo. En cuanto á mí, añadió, no echo de menos el poder, porque en las revoluciones queda la victoria por los pícaros.»

Por estas palabras se conoce que las revoluciones no habían sido nunca para él, sino unas luchas de ambición y nunca triunfos de las ideas.

Otras veces, arrepiñtiéndose filosóficamente de las

agitaciones de su vida y de la vanidad de la ambición: «¡Valdría más, decía, ser un pobre pescador que gobernar á los hombres!» Recordando con placer los dichos días que había pasado en su última retirada en Arcis-sur-Aube, hablaba de los espectáculos y de las distracciones del campo, de la serenidad que el contacto con la naturaleza esparce en el corazón del hombre, de la felicidad doméstica y del ardiente amor de su corazón hacía una mujer que le hacía olvidarse hasta de su patria. Se enternecía al pensar en el cautiverio de tantas madres, esposas é hijos inocentes encerradas en el Luxemburgo, fingiendo que ignoraba aquel abuso y aquel exceso del sombrío poder de la Convención. «¡Cómo! dijo una de las presas á Lacroix que se paseaba con Danton, ¿no sabiais que millares de presas poblaban las cárceles, y no habeis encontrado nunca las carretadas de sentenciados dirigiéndose al suplicio?—No, contestó Lacroix, yo no me he hallado nunca con las carretas, no he visto jamás correr la sangre porque me hubiera horrorizado. Danton y yo queríamos una república sin ilotas.»

## XI.

Así se pasaron los días que precedieron al juicio. Se respetaba á Danton, y se compadecía á Lacroix, á Bazire y á Camilo Desmoulins. Herault Sechelles tenía la serenidad de un justo que ha pesado su vida y su muerte, y que se glorifica del martirio por la libertad. Joven, rico, elocuente, aristócrata de nacimiento y uno de los más hermosos hombres de su tiempo, Herault de Sechelles dejaba, sin embargo, detrás de sí, un amor que debía aumentar el dolor de su alma. Durante su misión en Saboya, se había relacionado con una joven de nacimiento ilustre y de rara belleza. Esta había sido para Herault de



Sechelles en Chambéry, lo que Teresa Cabarrús había sido para Tallien en Burdeos. La infeliz lloraba y se desmayaba en las puertas de la cárcel sin poder ablandar á Robespierre.

Fabre de Eglantine, consolado algunas veces con las visitas de su mujer, estaba bastante enfermo.

Chabot, solo, abandonado de todos, cubierto de ridiculo y de desprecio por los demas presos, no podia soportar este suplicio de la infamia. No tuvo ni la gloria que tanto habia ambicionado en la muerte. Su cabeza cayó en medio de los silbidos. Se procuró un veneno, lo bebió y no pudo soportar los dolores de la agonía. Sus gemidos atrajeron á los carceleros á su calabozo, y estos le volvieron á la vida conservándolo asi para el suplicio.

### XH.

Camilo Desmoulins inspiraba el sentimiento de compasion que se experimenta hácia la debilidad. Lijero y caprichoso aun en sus iras, la sonrisa habia estado siempre al lado de la imprecacion en sus labios. Los odios que habia inspirado eran tan lijeros como él, y no resistian á sus lágrimas. Camilo no cesaba de invocar en altas voces, el nombre de su mujer, la bella Lucila. Desesperada esta jóven, y privada hacia cinco dias de su padre y de su marido, estaba todo el dia alrededor del Luxemburgo para ver á este último, ó al menos para ser vista de él, aunque fuese de lejos. Las señales eran los únicos medios que tenían de hablarse, á través del espacio. Su separacion habia sido tan patética como imprevista.

Lucila era hija de Mad. Duplessis, una de las mas hermosas mugeres de su tiempo, y de Mr. Duplessis antiguo empleado en hacienda y celoso patriota. Una larga pasion y una dolorosa esperanza de muchos años habian precedido á la union de los dos jóvenes esposos. Aquel jardin del Luxemburgo en donde lloraban ahora los dos

amantes, habia sido precisamente el lugar de su primer encuentro, de sus entrevistas y de sus amores. Brissot, Danton y Robespierre visitaban entonces la casa de Duplessis, y habian firmado como testigos y amigos de la casa el contrato matrimonial. De estos hombres, separados á la sazón por las facciones y por el cadalso, el uno era la ocasion y el otro el instrumento de las desgracias y de la viudez próxima de la jóven esposa.

La noche del 30 al 31 de marzo, en el momento en que Camilo descansaba en los brazos de su esposa, el ruido de la entata de un fusil junto al dintel de la puerta de su habitacion, le hizo despertarse sobresaltado. «Vienen á prenderme exclamó;» se desprendió de los brazos de su mujer y fué á abrir á los soldados que le presentaron la orden de darse á prision; y riestregándola entre las manos: «Esta es la recompensa, dijo, de la primera voz de la revolucion.» Estrechó á su mujer contra su corazon y á su hijo que estaba dormido en la cuna, y siguió á los gendarmes al Luxemburgo, sin saber aun nada de su crimen ni de sus cómplices. Arrojado en medio de la noche á un calabozo oyó por las grietas de la pared una voz conocida que exalaba dolorosos gemidos «¿Eres tú, Fabre? le dijo.—Si, le respondió el enfermo. ¿Pero eres tú Camilo? ¿Tú aqui siendo amigo de Danton y de Robespierre? ¿Pues qué, se ha consumado la contrarrevolucion?» Fabre de Eglantine y Camilo Desmoulins estuvieron hablando hasta el dia, sin poder adivinar el enigma de su situacion. El alma débil del folletista no tenia el temple necesario para resistir las sacudidas violentas de las revoluciones. En lugar de tener firmeza se enternecia. Dejaba demasiado amor y demasiada felicidad detras de si para no sentir la pérdida de la vida. Su mujer no podia creer en una separacion eteroa: «¡Ay de mí! exclamaba con los que fueron á consolarla, lloro como mujer por que él sufre, porque dejarán que le falte todo, porque Camilo no nos verá mas; pero yo tendré el valor de un



hombre y le salvaré. ¿Por qué me han dejado á mi libre? ¿Creen que no levantaré la voz? ¿Han contado con mi silencio? Yo iré á los Jacobinos, é iré á casa de Robespierre. Fué nuestro huésped, nuestro amigo, y el confidente de nuestros sentimientos republicanos. Su mano ha unido las nuestras; ¡habiéndonos servido de padre como puede ser nuestro asesino!»

Quando supo que Danton habia sido preso con su marido, corrió llorando á casa de Mad. Danton. Esta, de edad entonces de diez y siete años, llevaba en su seno el primer fruto de su matrimonio, que dió á luz un mes despues de la muerte de su marido. Lucila Desmoulins se precipitó en los brazos de su jóven amiga y la suplicó que la acompañase á casa de Robespierre para echarse á sus pies y conseguir el perdon de sus esposos. Mad. Danton lloró con Lucila, pero se negó á todo paso que envileciese el nombre que llevaba. «Seguiré á Danton al cadalso, dijo, pero no humillaré su memoria delante de su enemigo. Si debiese la vida al perdon de Robespierre, no me lo perdonaria en este mundo ni en el otro. Me ha legado al partir su honor y yo debo conservarlo intacto.»

Desesperada Lucila corrió sola á la puerta de la comision de salud pública, de donde fué rechazada. No pudiendo ver por mas que hizo á Robespierre, le escribió. He aqui su carta:

«¿Eres tú el que nos acusas de proyectos de traicion hácia la patria; tú, que tantote has aprovechado de los esfuerzos que hemos hecho únicamente por ella? Camilo ha visto nacer tu orgullo y ha presentado la marcha que querias seguir; pero él se ha acordado de vuestra antigua amistad y ha retrocedido ante la idea de acusar á un amigo y un compañero de trabajos. ¡Aquella mano que ha estrechado tantas veces la tuya, ha dejado la pluma tan pronto como no pudo trazar tu elogio, y tú lo envias á la muerte! ¿Has comprendido su silencio? ¡Camilo debe estar agradecido!

«Pero Robespierre, ¿podrás llevar á cabo los funestos proyectos que sin duda te han inspirado las almas viles que te rodean? ¿Has olvidado aquellas relaciones que Camilo no recuerda sino con estremecimiento; tú, que hiciste votos por nuestra union, que uniste tus manos á las nuestras; tú, que te has sonreido viendo á mi hijo cuyas tiernas manecitas te han acariciado tantas veces? ¿Podrás negarte á mi súplica, despreciar mis lágrimas y hollar la justicia? Porque bien sabes que no merecemos la suerte que nos preparan y que está en tu mano evitar. Si nos hacen sucumbir, será porque tú lo mandes. ¿Pero cuáles es el crimen de mi Camilo? No poseo su pluma para defenderle. Mas la voz de los buenos ciudadanos y tu corazon, si es sensible, estarán en mi favor. ¿Crees tú que los demás ciudadanos tendrán confianza en tí, viendo que sacrificas á tus amigos? ¿Crees tú que bendirán al que desprecia las lágrimas de la viuda y la suerte del huérfano? Si yo fuese muger de Saint-Just, le diria: La causa de Camilo es la tuya y la de todos los amigos de Robespierre. ¡El pobre Camilo en la sencillez de su corazon, estaba muy distante de pensar la suerte que le espera hoy! ¡Creia trabajar por tu gloria haciéndote ver lo que le falta aun á nuestra república! ¡Le han calumniado cerca de tí, Robespierre porque tú no podias creerle culpable! Acuérdate que jamás te ha pedido la muerte de nadie, que no ha querido dirigir sus tiros contra tu poder, y acuérdate, en fin, de que tú eres su mas antiguo y mejor amigo! ¡Ay! tú vas á matarnos á los dos. ¡Porque herirle á él, es matarme á mí!»...

Esta carta se quedó sin concluir, y aunque se la envió á su madre, no llegó á poder de Robespierre.



Camilo Desmoulins había obtenido por su parte, de la complacencia de un visitador de las cárceles, los medios raros y secretos de comunicar con su mujer. Aprovechándose de ellos, la escribió la siguiente carta en el tiempo que medió entre dos interrogatorios.

«El destino ha presentado á mi vista en esta cárcel, el jardín en donde he pasado ocho años viéndote; la vista de un rincón del Luxemburgo me recuerda una infinidad de detalles de nuestro amor. Estoy incomunicado, pero nunca he estado con el pensamiento, con la imaginación, casi con el tacto, mas cerca de tí, de tu madre y de mi pequeño Horacio. No te escribo este primer billete sino para pedirte algunas cosas de primera necesidad: voy á pasar el tiempo de mi prision escribiéndote, porque no tengo necesidad de tomar la pluma para otra cosa que para esto y para mi defensa. Mi justificación está en los ocho volúmenes republicanos que tengo escritos, y es una buena almohada sobre la que mi conciencia puede descansar esperando en el tribunal y en la posteridad. ¡Me arrodillo á tus pies, estiendo los brazos para estrecharte en ellos y no te encuentro!... (aquí se nota la señal de una lágrima.) Enviame el vaso en que hay una C y una L, iniciales de nuestros nombres, y un libro que compré hace pocos dias, en el que hay algunas páginas en blanco, puestas á propósito para escribir notas. Este libro trata sobre la inmortalidad del alma. Necesité persuadirme de que hay un Dios mas justo que los hombres, y que no puedo dejar de volver á verte. No te afectes mucho por lo que digo, querida mía: no desespero aun de los hombres; sí, amada mía, aun nos veremos en el jardín del Luxemburgo; pero enviame ese libro. ¡Adios, Lucila!

¡Adios, Horacio! (este era su hijo.) No puedo abrazaros, pero por las lágrimas que vierto me parece que os tengo contra mi corazón. (Aquí se encuentra la señal de otra lágrima.)

«TU CAMILO.»

Una hora despues, el preso volvió á tomar la pluma. «El cielo ha tenido compasion de mi inocencia; me ha enviado un ángel y os he visto á todos en sueños. Enviame un rizo tuyo y tu retrato, ¡oh! no dejes de enviármelo; porque únicamente pienso en tí y nunca en el motivo que me ha traído á este sitio, y que yo no puedo adivinar.»

Entre tanto, la comision vencedora en la Convencion por medio de Robespierre y de Saint-Just, se aturdia de la popularidad alarmante que seguía á Danton hasta la cárcel. Ella queria sorprender al pueblo con la magnitud de la victoria y con la prontitud del golpe. Por la noche trasladaron los acusados á la Consergeria: Danton al entrar en aquel pórtico del cadalso, sintió debilitarse algun tanto la indiferencia por su suerte de que habia hecho gala desde que le prendieron. Sus facciones se pusieron tan sombrías como aquella mansion, y por una casualidad ó por una burla de la suerte, pusieron á los dantonistas en los mismos calabozos que tuvieron los girondinos. Esto á la vez, fué una venganza y una profecía. Danton vió en esto el dedo de una justicia divina que sus desgracias empezaba á hacerle conocer. «En tal dia como hoy, esclamo, hice instituir el tribunal revolucionario; yo pido perdón de ello á Dios y á los hombres. Mi objeto era prevenir otro nuevo setiembre y no desencadenar esta plaga sobre la humanidad.»



Dieron principio los debates. Todos los jurados escogidos por Fouquier Tinville, y presididos por Hermann, era conocidos de los acusados. Fouquier Tinville era pariente de Camilo Desmoulins y debía al crédito de éste su empleo de acusador público. Pero el ojo de la comisión, vigilaba á todos aquellos hombres y dominaba hasta en sus conciencias. No se les exigía que obrasen con justicia, sino que sentenciasen á muerte.

Sin embargo, el pueblo que adoraba aun á Danton se agrupaba á las puertas de la Audiencia. La multitud llegaba hasta los pretiles de las inmediaciones para asistir al triunfo del gran patriota. Danton compareció en el tribunal con una dignidad un poco teatral y como despreciando á sus jueces. El presidente le preguntó su nombre, edad y domicilio: «Yo soy Danton, le respondió éste, nombre bastante conocido en la revolucion y tengo treinta y cinco años. Mi morada será bien pronto la nada y mi nombre vivirá en el panteon de la historia.»

«Y yo, dijo Camilo Desmoulins, tengo treinta y tres años, edad fatal para los revolucionarios; la misma que tenía el sans-culotte Jesus cuando murió.»

Habiendo hecho Fouquier que se sentasen en los mismos bancos, Chabot, Fabre de Eglantine y los intrigantes sus cómplices, Danton y sus amigos se levantaron y se apartaron de ellos, indignados de que se les confundiese en la misma causa con unos hombres notados de infamia. Dióse principio á la acusacion por estos; Fabre de Eglantine se defendió con la habilidad de un hombre consumado en el arte de la palabra. El testimonio de Cambon hombre de reconocida probidad, no dejó ninguna duda sobre el hecho que se les imputaba á los acusa-

dos de haber falsificado un decreto sobre hacienda. El jóven y desgraciado Bazire, no tenía otro delito que su amistad con Chabot y el silencio que guardaba para no perder á su amigo. Confidente involuntario Bazire, murió por no haber consentido en hacerse delator.

Herault de Sechelles fué interrogado antes que Danton, y respondió como hombre que desprecia la vida tanto como la acusacion y que apela al juicio del porvenir. Hermann llamó en seguida á Danton. Le echó en cara sus relaciones con Dumouriez y sus ocultas complicidades para establecer la monarquía, corrompiendo al ejército y trayéndolo contra París. El acusado se levantó con fingida indignacion. «Los cobardes me calumnian, respondió dando á su voz una fuerza que llamó la atencion hasta en la comision de salud pública. ¿Se atreverán á atacarme de frente? ¿Que se muestren, y bien pronto les cubriré de la ignominia que les caracteriza! Por lo demas, prosiguió con un desórden y una precipitacion en las palabras que manifestaban la fermentacion de sus ideas, ya lo he dicho y lo repito: mi domicilio será bien pronto la nada y mi nombre estará en el Panteon. Mi cabeza está aqui; ella responde de todo.... La vida me pesa y estoy impaciente por libertarme de ella.... Los hombres de mi temple no tienen precio.... Sobre su frente está impreso en caracteres indelebles el sello de la libertad, el genio republicano.... ¿Y es á mi á quien se acusa de haberme arrastrado á los pies de la córte! ¿De haber conspirado con Mirabeau y con Dumouriez! Saint-Just, ¡tú responderás de las calumnias lanzadas contra el mejor amigo del pueblo! Al leer esta lista de horrores, siento estremecerse toda mi existencia.» Estas frases, evidentemente prepara-



das de antemano y halladas en retazos sueltos, en una memoria y en una conciencia intranquilas, revelaban mas orgullo que inocencia. El presidente advirtió al acusado que Marat, al hallarse en el mismo caso que él, se habia defendido de otra manera refutando con pruebas friamente discutidas la acusacion.

«Y bien, replicó Danton, voy á descender á mi justificacion, pero separándose inmediatamente con nuevas esplosiones de ira de una defensa razonada. ¡Yo, esclamo, vendido á Mirabeau, á Orleans y á Dumouriez!... ¡Todo el mundo sabe que he combatido á Mirabeau, y que he defendido á Marat! ¿No me he presentado el primero cuando se nos quiso arrebatar el tirano para llevarlo á Saint-Cloud? ¿No hice fijar en los Franciscanos un escrito haciendo ver que era preciso comprometerse?... ¡Estoy en mi cabal juicio, cuando provoqué á mis acusadores, cuando pido que se me deje medirme con ellos! ¡Que se me presenten y yo los sumergiré en la nada, de donde no debian haber salido nunca! ¡Viles impostores, salid y yo os arrancaré la máscara que os oculta á la vindicta pública!...»

El presidente volvió á recordarle otra vez la decencia y la moderacion que debe guardar el acusado.

«Un reo como yo, replicó Danton, que conoce las palabras y las cosas, responde ante el jurado, pero no le habla nunca. Se me acusa de haberme retirado á Arcis-sur-Aube. Respondo á esto, que ya he declarado en aquella época que el pueblo francés vencería ó yo dejaría de existir. Necesito, añadí tambien entonces, ó los laureles ó la muerte. ¿En dónde estan los hombres que han comunicado á Danton su energía? ¿Hace acaso dos dias que el tribunal conoce á Danton? ¡Mañana espero dormir en el seno de la gloria!... Petion, repuso en seguida como un hombre que se extravía y que vuelve hácia atras, Petion, al salir de la municipalidad fué á los Franciscanos y nos dijo que el toque de rebato debía dar-

se á media noche, y que por la mañana habia de abrirse el sepulcro de la tiranía. Confieso que se depositaron en mis manos cuando ese ministro cincuenta millones. Ofrezco dar de ellos una cuenta fiel y exacta. Este dinero sirvió para dar impulso á la revolucion. Es verdad que Dumouriez trató de atraerme á su partido y que quiso lisongear mi ambicion proponiéndome el ministerio; pero tambien lo es que yo le declaré que no queria ocupar semejante puesto sino al estampido del cañon. Tambien se me habla de Westermann; pero nunca he tenido nada de comun con él. Sé que en la jornada del 10 de agosto, Westermann salió de las Tullerías manchado con la sangre de los realistas; y yo dije que con diez y siete mil hombres tales como yo hubiese determinado, hubiera podido salvarse la patria....»

Las palabras de Danton chocaban tan confusamente unas con otras en sus labios, que parecian ahogarle bajo su peso y bajo la incoherencia de sus ideas. Faltábale la verdadera elocuencia del acusado, que es la sangre fria de la verdad y el acento de conciencia. Quería suplirla con un continuo movimiento y metiendo mucho ruido. Elevóse alguna vez hasta la fiebre del delirio, nunca hasta la verdadera indignacion. Los movimientos convulsivos de su rostro, la sequedad de su palabra, su accion teatral, la espuma que cubria sus labios y el aire que faltaba á sus pulmones, atestiguaban la impotencia en que estaba de hablar por mucho tiempo. Espantados los jueces, ó enternecidos, manifestaron interesarse por él, y le dijeron que tenia necesidad de descansar. Danton se calló de repente al oír esto.

Se pasó al interrogatorio de Camilo Desmoullins, acusado de haber criticado la justicia del pueblo comparándola á los crímenes de los tiranos. «Yo no he podido, dijo, defenderme sino con un arma bien afilada de mis enemigos, y he probado mas de una vez la adhesion de toda mi vida á la revolucion.»



Interrogado Lacroix sobre su comision en Bélgica, y sobre la desaparicion de un coche que contenia valor de 400,000 libras en objetos preciosos: «Danton y yo, contestó, compramos con ese dinero ropa blanca para el uso de los representantes del pueblo. Ademas teníamos una vajilla de plata, que nos fué robada en una aldea. La mayor parte de esta vajilla se rescató en la jornada del 31 de mayo.»

Philippeaux demostró su inocencia con la energía y con la dignidad de un hombre puro. «Os es permitido, dijo, hacerme perecer, pero os prohibo que me insulteis.» Westermann respondió como un soldado que no disputa su vida, pero que quiere preservar su honor.

## XVI.

Al dia siguiente continuaron los debates. Camilo Desmoulins escribió el dia antes la última carta á su esposa. Esta fué el testamento de su corazon, que se daba al amor antes de estinguirse bajo la mano del verdugo. Hé aquí la carta.

«Duodi, germinal, á las cinco de la mañana.

«Un sueño reparador ha suspendido por un momento mis males. Cuando uno duerme es libre: el hombre no sabe entonces que se halla preso. El cielo ha tenido piedad de mí. Hace un instante que yo te veía en sueños y os abrazaba á tu madre, á Horacio, á todos... de repente he notado que me hallaba en mi calabozo. Empezaba á amanecer. No pudiendo verte ni oír tus respuestas, porque tú y tu madre me hablabais, me he levantado al momento para haberte y escribirte; pero al abrir las ventanas, la idea de mi soledad, las horribles rejas, los cerrojos

que me separan de ti, han vencido toda la firmeza de mi alma. Me he deshecho en lágrimas, ó por mejor decir, he gemido, esclamando desde mi sepulcro: ¡Lucila! ¡Lucila! ¡amada Lucila! ¿dónde estás?... (Aqui se conoce la señal de una lágrima).

«Ayer tarde he tenido un momento semejante á este, y mi corazon se ha partido de dolor cuando he visto á tu madre en el jardín. Un movimiento maquinal me hizo arrodillarme junto á la reja y he juntado las manos como implorando su piedad. Estoy seguro de que ella ha llorado tambien en tu seno. He conocido ayer su dolor al verla llevar su pañuelo á los ojos y echarse el velo por no poder resistir aquel espectáculo. Cuando vengais, que se siente contigo un poco mas cerca á fin que yo os pueda ver mejor; no creo que haya peligro; pero sobre todo, te suplico por nuestro eterno amor, que me envíes tu retrato: que el pintor tenga compasion de mí, que no sufro sino por haber tenido demasiada compasion de los otros; que vaya dos veces al dia á trabajar en tu retrato. En el horror de mi prision será para mí una fiesta, un dia de delirio y de enagenamiento cuando yo lo reciba. Entretanto, enviame un rizo tuyo para ponerlo sobre mi corazon. Amada Lucila mía: he vuelto al tiempo de nuestros primeros amores, en que cualquiera me interesaba solo por salir de tu casa. Ayer, cuando el ciudadano que te ha llevado mi carta ha estado de vuelta: — ¡Y bien! ¿la habeis visto? le dije, y me quedé absorto mirándole, como si en su traje ó en su persona hubiese quedado alguna cosa de tu presencia, alguna cosa de ti. Es una alma caritativa, pues que te ha entregado mi carta sin tardanza. Yo lo veré, segun parece, dos veces al dia, por la mañana y por la tarde. Este mensajero de mis dolores es tan amado de mí, como lo fué en otro tiempo el de mis placeres.

«He descubierto una rendija en mi aposento, he aplicado el oído y he oído quejarse; he aventurado algunas



palabras y he percibido la voz de un enfermo que se quejaba; me ha preguntado mi nombre y yo se lo he dicho. — ¡Oh Dios mio! ha exclamado al oírle, y dejándose caer sobre su cama en donde se habia incorporado. He reconocido distintamente la voz de Fabre de Eglantine. — Si, yo soy, me ha dicho, ¿pero tú aquí? ¿Con que se ha verificado la contrarrevolucion?

«Sin embargo, no nos atrevimos á hablar, temerosos de que el odio nos quitase este débil consuelo, y de que si nos oían nos separasen y encerrasen con más rigor, porque él tiene un cuarto con chimenea, y el mio es tan hermoso como puede serlo un calabozo. ¡Tú no puedes imaginarte lo que es estar incomunicado sin saber por qué, sin haber sido interrogado y sin recibir un periódico! ¡Es vivir y estar muerto á la vez! ¡Es existir solo para conocer que se está en un sepulcro! ¡Y es Robespierre el que ha firmado la orden de mi encarcelamiento! ¡Y es la república la que me tiene aquí, despues de todo lo que he hecho por ella! ¡Es este el premio que recibo por tantas virtudes y tantos sacrificios! ¡Yo, que me he sacrificado hace cinco años á tantos odios y á tantos peligros por la república! ¡Yo, que he conservado mi pobreza en medio de la revolucion; yo que no tengo que pedir perdón sino á tí sola en el mundo, y á quien tú se lo has concedido porque sabes que mi corazón á pesar de sus debilidades no es indigno de tí; yo, á quien unos hombres que se llaman mis amigos, que se titulan republicanos, me veo sumido por ellos en un calabozo como si fuese un conspirador! ¡Sócrates bebió la cicuta, pero al menos veía en su prisión á sus amigos y á su muger!

«¡Qué duro es el estar separado de tí! El criminal mayor seria demasiado castigado si lo arrancasen de los brazos de una Lucila, á no ser por la muerte, que al menos no dura sino un momento. Aquel dolor no puede compararse con el de esta separacion..... Me llaman.....

«En este momento los comisionados del tribunal revo-

lucionario han venido para interrogarme..... No se me ha hecho mas que esta pregunta: que si yo habia conspirado contra la república. ¡Qué irrision! ¿Y es posible que se insulte de este modo el republicanismo mas puro? Veo la suerte que me espera. Adios Lucila, di adios á mi padre. Mis últimos momentos, no te deshonrarán. Muero á los treinta y tres años. Veo que el poder embriaga á casi todos los hombres, que todos dicen como Dionisio de Siracusa: La tirania es un bello epitafio: pero consuélate, el epitafio de tu pobre Camilo es mas glorioso; es el de los *Brutos* y el de *Caton*. ¡Oh mi amada Lucila! Yo habia nacido para hacer versos, para defender á los desgraciados, para hacerte dichosa y para componer con tu madre, mi padre, y algunas otras personas segun nuestro corazón, un *Otaiti*. Yo habia soñado una república en que todo el mundo hubiese adorado: no podia creer que los hombres fuesen tan feroces y tan injustos. No se me oculta que muero víctima de mi amistad con *Danton*. Doy gracias á mis asesinos por hacerme morir con él y con *Philippeaux*. ¡Perdóname, amada mia, mi verdadera vida, vida que yo he perdido en el momento que nos han separado! ¡Me ocupo de mi memoria y debia mas bien ocuparme en hacértela olvidar, Lucila mia! Te suplico que no me llames á gritos, porque estos despedazarían mi corazón hasta en el sepulcro. Vive para nuestro hijo: háblale de mí, y dile lo que aun no puede entender; ¡dile que yo lo hubiera amado mucho! A pesar de mi suplicio creo que hay un Dios. Mi sangre borrará mis faltas, las debilidades de la humanidad; y lo que he tenido de bueno, mis virtudes, mi amor por la libertad, Dios me lo recompensará. Volveré á verte algun dia, Lucila. Sensible como yo lo era, la muerte que me liberta de la vista de tantos crímenes no es una gran desgracia. ¡Adios, vida mia, alma mia, mi única divinidad sobre la tierra! ¡Adios, Lucila; Lucila mia, amada Lucila mia! ¡Adios, Horacio, Anita, Adela, adios padre mio! Las pla-



yas de la vida se escapan ya á mi vista. ¡ Todavía veo á Lucila! ¡ Si, te veo, amada mía! ¡ Lucila mía! Mis manos atadas te abrazan, y mi cabeza separada del tronco fija aun en ti sus moribundos ojos próximos á cerrarse por toda una eternidad.»

## XVII.

Danton, tranquilo por el interés que el pueblo le demostraba, parecía menos un acusado que un faccioso que dá á la multitud la señal de la insurrección.

Las ventanas del tribunal estaban abiertas, Danton oyó el rumor sordo de la multitud que estaba apiñada alrededor de las paredes, y hablaba en un tono tan alto que se le oía fuera del recinto, dando por momentos tales rugidos que su voz llegaba hasta el otro lado del Sena á los curiosos que llenaban el muelle de la Ferraille, circulando de boca en boca las palabras que pronunciaba: «Pueblo, dijo Danton al público que murmuraba alrededor suyo, callad, me juzgareis cuando lo haya dicho todo. Mi voz no debe hacerse oír solo de vosotros sino de toda la Francia.» La campana de la insurrección parecía sonar en su pecho, su ademán aterraba á los jueces, á los jurados y al auditorio: la campanilla del presidente Hermann no cesaba de agitarse para imponer silencio. «¿No oyes la campanilla?» le dijo éste al fin. — «Presidente, le respondió Danton, la voz de un hombre que defiende su vida debe sofocar el ruido de tu campanilla.»

Por una claraboya de la imprenta del tribunal que daba al lugar donde tenían las sesiones, muchos miembros de las comisiones asistieron sin ser vistos á la representación de aquel drama. Hermann y Fouquier Tinville parecía desconcertados; el público se volvía en favor de Danton, éste lo conocía y redoblaba su insolencia. Los

miembros de la comisión hicieron señal al presidente para cerrar aquel peligroso diálogo entre él y los acusados. El presidente rehusó la palabra á Camilo Desmoulins que se había levantado para leer la defensa que tenía preparada. Indignado Camilo se sentó, y rompiendo el escrito que tenía en la mano, arrojó los pedazos sobre el estrado. Pero de pronto como si lo hubiese pensado mejor, los recogió y haciéndolos bolitas con los dedos las fue tirando á la cabeza á Fouquier Tinville. Danton se bajó é hizo otro tanto, no como se ha creído hasta ahora por un juego cínico, pueril, é indigno del hombre y del momento, sino con la acción significativa y trágica de un acusado á quien se quitan los medios de probar su inocencia y que arroja en un acceso de indignación, con los restos deshechos de su defensa, su sangre y la de sus acusados á la cara de sus jueces como una venganza y una maldición.

Los fragmentos de la defensa de Camilo Desmoulins, recogidos despues de la sesión en el estrado del tribunal por uno de los amigos de Danton, se remitieron á madama Duplessis, madre política de Camilo, y fueron reunidos por aquella señora para pedir venganza ó compasión á la posteridad.

Los acusados volvieron á sus calabozos. Alarmada la comisión de salud pública, no se atrevía ni á soportar un debate mas largo ni á interrumpirlo. La ley exigía que los debates durasen á lo menos tres días. La sesión del día siguiente podía dar la libertad y el triunfo á los dantonistas. Una circunstancia fatal iba á servir á la impaciencia de la comisión.

Los presos del Luxemburgo, llenos de confianza en la popularidad de Danton, resolvieron aprovechar la emoción causada por su proceso, para excitar un movimiento en el pueblo, abatir la tiranía y libertarse de la muerte. Celebróse una conferencia nocturna en la habitación del general Dillon, entre Chaumette y algunos de los principales presos, de concierto con algunos individuos